

DISCURSO

DE

D. Federico Pita Espelosín.



D. FEDERICO PITA ESPEJOSÍN

Conselleiro honorario  
da "Irmandade da Fala" de Betanzos

s  
y  
l  
r  
v  
es  
y  
ña  
lo  
Ga

---

---

### SEÑORAS Y SEÑORES :

La « Irmandade dos amigos da fala » de Betanzos, formada de personas amantes de las hermosas tierras brigantinas, inició este acto, y hube yo, perteneciente a ella, sin otro mérito, seguramente, que mis años y su bondad, de ser el vocero de sus deseos y pensamientos, al presentarse ante la soberanía de este fugaz reinado de amor, fe y patriotismo, y ante cuantos congregados aquí, atestigúais, con vuestra presencia, el interés por una fiesta que ennoblece y eleva a quienes la inician y a cuantos la secundan.

Y si esta sola es la causa que me obliga a molestar vuestra atención, comprenderéis cuán intenso ha de ser mi temor, siquier le atenúen, en gran parte, la hidalga condición de vuestras personas, la seguridad de toda benevolencia y el deseo firmísimo en mí de aminorar lo que pareciera ser osadía, con la afirmación de un gran cariño a esta tierra de mis mayores, a esta tierra que es el amor de mis amores, a esta tierra hermosa, sufrida, patria del más hondo y puro sentimentalismo.

¡Ah, reina de esta fiesta !, yo siento no poderos ofrendar, como holocausto a vuestros merecimientos, un canto, reflejo de aquellos que los trovadores provenzales escribían con la pureza más intensa, con el amor más grande, con el patriotismo más sincero; pero si no puedo llegar a este extremo, porque no soy trovero provenzal, yo os he de expresar, con esta sencillez y ternura que el alma gallega guarda en sus pechos, con ese sentimiento hondo que parece reflejarse en los policromos colores de las tierras galaicas; con esa virilidad que ha dejado su trazo en las rocas y en los castros, con esa raigambre patriota que hizo héroes y formó mártires del deber, y consiguió triunfos, y llenó hojas y hojas de la Historia de España; os he de expresar lo que sentimos los gallegos, lo que ansiamos, lo que esperamos, lo que ha de ser, seguramente, no la redención de Galicia, sino su resurgimiento, porque redimido es el cautivo, y

Galicia no ha sido cautiva hasta ahora de otros carceleros, que su propia honradez, su amor al terruño, su respeto a las leyes.

Y cuando se es cautivo de estas tres cosas, no puede llamarse redención al deseo de resurgir, que si el resurgimiento se separase de ellas, merecería otro nombre que yo no quiero pronunciar, porque no es reflejo de convicciones, ni de aspiraciones; porque sería oposición al orden, desdén a la evolución sana, moral y redentora de errores y culpas, en que España jamás tuvo intervención.

La historia de Galicia contiene en sus páginas hechos repetidos, continuas manifestaciones, que prueban la inmensa lealtad de sus hijos para con la Patria común, única, intangible, respetada por todos, formada por todos.

Galicia, como región, como reino, ha sabido siempre concurrir con su esfuerzo a la defensa de la independencia nacional, como cooperó a la formación de su unidad, como sintió las ofensas a la Patria, como se alegró de sus triunfos y lloró sus desgracias.

Por eso, señoras y señores, yo creo de mi deber, hacer esta manifestación explícita, clara, terminante; de que la unidad de España, es el ideal de Galicia, de que todos en ella sentimos los más grandes amores por esa vieja Nación de que formamos parte, sin exclusivismos, cuando llegue la hora de los sacrificios, que a ello abona la historia de la reconquista, como lo prueba la guerra de la Independencia, como lo afirma la ayuda prestada en todo tiempo, para vengar afrentas o defender derechos.

Por esta convicción intensa, ¿puede creerse menoscabada, con el arraigo de un sentimiento local, regionalista, de amor al terruño, de afecto a la lengua, de cariño a los conterráneos?

La misma naturaleza, la misma topografía, la misma historia, nos llevan al regionalismo; y nos llevan, porque la geografía, como la historia, la etnografía como la lingüística, atestiguan razas, elementos, construcciones geográficas, características exclusivas, de las regiones que forman la península Ibérica, y que con su variedad de lenguas, de climas, de cultura, de producciones, de paisajes, de sentimientos, son protesta natural a un régimen centralizador que pretende mover los elementos físicos y naturales, dentro de las pautas de la Gaceta.

¿Y esto puede ser no ya atentatorio, ni siquiera mortificante para la soberanía de la Patria? No; regiones hay en España que sienten pasión inmensa por su suelo, por sus recuerdos históricos, por sus héroes, por sus leyendas; pero ninguna, en la manifestación más absoluta de su regionalismo, ha llegado a sentir, como sienten los gallegos, que son capaces de morir, presa de un sentimentalismo, casi romántico, casi incomprensible; pero que es ley de amor al terruño, manifestación de un regionalismo que nace con la

vida y que muere con ella, tanto más firme, tanto más intenso, cuanta más lejana se vislumbra la tierra gallega.

Este regionalismo no puede ser impureza del corazón, ni desafecto a la madre común; es afirmación de tesoros inmensos de cariño, es nexo de unión firme y poderoso, que ha dado frutos y que merece de ella las más tiernas solicitudes.

Y ved como al expresar estos sentimientos, he recordado aquellos más puros que siempre sintieron los gallegos; y creed, que ningún lugar más apropiado para hacerlo, que esta histórica ciudad de Betanzos.

En ella los celtas sentaron sus reales y hallaron, al decir de los historiadores, en la belleza de sus contornos, una perspectiva de paz y de tranquilidad; más tarde los fenicios la convirtieron en centro mercantil; después, cartagineses y griegos, llegaron hasta ella, que supo defender la causa cartaginesa de la invasión romana, y conseguir de Roma con su heroísmo, un tratado de paz, reconocedor de la independencia de los pueblos de Galicia. Sería prolijo enumerar las luchas que sostuvieron los brigantinos con los romanos, de los que recibieron distinciones y privilegios que le dieron la capitalidad de la provincia galaica. Luego llegaron los suevos, que la eligen por Corte; después los visigodos, más tarde los árabes, y en todas estas etapas de su historia local, Betanzos va formando, con las glorias de sus hijos, una parte de las epopeyas nacionales.

Y aquí se arraiga la fe, y se exterioriza en esos momentos religiosos que hoy día contemplamos; y esa fe es, sin duda alguna, uno de los tesoros más preciados de nuestras gentes. Y lo es, porque siempre les diera la fortaleza necesaria para vencer en los embates de la vida y aspirar al resurgimiento de pretéritas ilusiones casi esfumadas por el cansancio de una existencia dedicada al trabajo, a la lucha por los suyos, por su bienestar. Fe, que hace volver de América a cuantos allí van a engrandecer aquello con su prestación, para emplear los ahorros conseguidos en el aumento de sus tierras y en la mejora de sus casas, cuando no en el bienestar de los humildes.

Hermosa fe que cruzas el Atlántico y rememoras, aquí y allí, la misión de esta Patria que gastó energías y sangre en civilizar extrañas tierras; que fué grande, tan grande, que el sol no se ponía sus dominios, y que hoy, en su pequeñez material, ese mismo sol, testigo es de otra grandeza más hermosa, más pura, la de millones de almas que hablan la lengua castellana y estrechan lazos morales, a través de esa ruta marítima que parece señalar a Galicia una misión eterna de españolismo en toda la América.

Hoy renacen, por virtud de esa fe en el trabajo, en la cultura y en el amor al país, estas tiestas del Gay saber en la vieja Brigan-

s  
a  
r-  
e-  
le  
n-  
ue  
au-  
nte  
que  
cos,  
sta-  
omo  
enti-  
y de  
on la

tia, y así como aquella Academia tolosana, hizo surgir de las cenizas de la Provenza, abatida y desolada, a un Arnaldo Vidal, así la Irmandade da Fala ha conseguido aportar a este certamen la labor de cuantos en Galicia laboran y trabajan.

Y este resultado debe agradar al trono más bienquisto de todos los reinos de la tierra, al trono de la juventud y la hermosura. Ese trono que sólo tiene vasallos voluntarios, que levanta su reinado en el amor, que no conoce las miserias de la humanidad, que sonríe ante la vida, como una primavera eterna, y ante un sol alegre y riente, que todo lo dora y todo lo temple.

Que mucho que yo me sienta subyugado por esa influencia, y piense, mi bella reina, en que este reinado de vuestra monarquía es un reinado ideal, un reinado en que la corte brigantina se halla libre de pasiones, completamente dedicados todos sus elementos gobernantes, al desarrollo de la cultura, del comercio, de la industria; que aquí florecen las enseñanzas gráficas, en una escuela de Artes y Oficios; que una casa gremial de los obreros, recordando pasadas épocas, es producto de inteligencias siempre laudatorias entre ellos y los patronos; que una granja agrícola enseña prácticamente a los labradores sus mejoramientos agricultores; que los elementos agrarios se hallan formando sindicatos, y una caja rural funciona para conceder, por deseo de los que son acaudalados, la independencia económica que merece el que labra sus tierras, y en ellas pone el sudor de su trabajo.

Y todo esto lo veo regido por una justicia extrema, que me hace recordar con horror aquel cuadro de pasados tiempos, que nos pintan los historiadores locales diciendo que «no había palabras para censurar a los hombres que gobernaban a Betanzos...»

Son todos estos aspectos que interesan a la población, atendiendo a los fines pedagógicos y económicos; bases de la independencia del campesino y de la educación del obrero.

Y si en las ilusiones del amor al terruño y del legítimo deseo de verlo engrandecido, hemos soñado un panorama posible de realización, en la hora presente, no cabe dudar que se ha hecho poco por satisfacerlo, tan poco, que podría condensarse en nada. Vegeta más que vive, un colegio semi-oficial que no ha podido arribar á más, por insuficiencia de desarrollo; existen asilos bastantes para acoger todos los pobres del distrito, dando resuelto el problema de la mendicidad... Pero a pesar de estas obras, de acción particular en el orden benéfico y cultural, los esfuerzos divergen y se pierden en la ineficacia de los buenos propósitos que los informaron.

El problema de la educación del obrero, del artista, del que no cuenta con medios para poderse costear enseñanzas, este problema, señoras y señores, es necesario resolverlo, demandando, sí, la ayuda

del Estado, pero cooperando todos, con la medida de sus fuerzas, de sus aptitudes, de sus entusiasmos.

Los pueblos deben tener presentes las lecciones de la Historia, y corregir sus yerros con el olvido de rancias corruptelas, para no caer en los juicios acerbos, de quienes escriban su vida en lo futuro. Por eso creo yo que cada ciudadano debe aportar á la obra local su esfuerzo propio, su cooperación, sin caer en el pesimismo de lo irremediable, porque con este concepto de lo presente, jamás podremos preparar lo futuro, y, procediendo á la inversa, la obra colectiva será mejorada y de la reunión de esfuerzos, se obtendrá la resultante apetecida.

Y el campo de experimentación en estas tierras gallegas es inmenso; aquí todo está por hacer, ó iniciado solamente; y refiriéndonos á un aspecto necesario para el desenvolvimiento de Galicia, contemplamos en ella una carencia de vías férreas, arterias del desarrollo económico, casi absoluta. Y en esto caben culpas grandes á sus políticos y á sus capitalistas; á los segundos, por su poca fe para cooperar á obra tan redentora y tan positiva; á los primeros, por no haber podido ó querido, pese á su influencia, realizar esta labor, cuyo testimonio ha sido año sobre año la inacabable línea de Betanzos a Ferrol.

Pues si volvéis la vista á la agricultura, la contemplaréis desvalida, sostenida á fuerza del trabajo aislado del agrario, que para vivir, hipoteca sus tierras y á veces su voluntad, ante las exigencias de una falta absoluta de cooperación.

Y, sin embargo, el problema es fácil, sencillo, claro en demasía; es un problema de aproximación, de engranaje franco y decidido, sin previas reservas, ni ulteriores desconfianzas. Los capitalistas, los labradores, los arrendatarios, todos unidos, aportando cada uno su parte de acervo, su porción legítima de participación, llegar á convivir con el pleno convencimiento de que en este mundo todos nos necesitamos, nos auxiliamos, nada podemos enfrente de quienes son nuestro complemento económico ó moral.

He aquí como entienden los que forman la Irmandade da Fala, en Betanzos, los problemas regionales y locales. Veréis por este esquema, trazado ante el temor de la molestia y la zozobra del acierto, que lo que se pretende empezar es una obra de regeneración, de saneamiento moral, en su consideración general; de elevación de miras á algo menos efímero que el orgullo del mando político, ó las ansias del encumbramiento social.

Y creed, señoras y señores, que aparte de estos fundamentales aspectos de su ser, la Irmandade ha de realizar una extensa labor de cultura, que ya comenzó sus frutos desde la preparación de este acto. Así había de suceder, porque Betanzos, cuna de ilustres varones

le  
a-  
or  
ás  
ás,  
ger  
en-  
el  
n la  
  
e no  
ema,  
yuda

que han perdurado como mártires de la fe, como poetas, como escritores, como políticos y como nobles; presa de un letargo de años, parecía indiferente á toda acción cultural, olvidando sus pasados tímores de gloria, las poesías de aquel Marco Valerio, las obras de Fray Juan de Betanzos, las de otros muchos que vieron el sol en esta tierra, para su orgullo y prez.

Bien habéis hecho en venir á fortalecer con vuestra concurrencia la debilidad de algunas voluntades, que, al veros, se tornarán fuertes, y lucharán por triunfar de sus empeños nobles y literarios en otras venideras justas.

Y plugue á Dios que la Reina de tal corte tenga la suerte de contemplar en su reinado aquellos sueños que hemos tenido y que ya, en 1295, fueron realidades otorgadas á Betanzos por las Cortes de Valladolid.

Señoras y señores: la Historia de Brigantia está llena de heroísmos, llena de sacrificios, llena de avasallamientos. Estas tres condiciones son la característica de su espíritu noble, pacífico, sufrido. Betanzos ha despertado pocas veces del sueño de sus quietudes, pero cuando lo ha hecho, ha sido con todo el fervor del mártir ó toda la barbarie del fanático.

Parece mentira que el recinto en que se cobija el pueblo, rodeado de montes tendidos, verdosos, llenos de paz; regados por las mansas aguas de ríos que jamás sintieron la ambición de desbordarse, haya influido en el ánimo de los naturales, formando temperamentos de tan extremas condiciones. Porque el brigantino lo mismo ha sufrido los arranques feudalistas del señor imperativo, que ha sentido, al decir de la leyenda, sublevarse su ánimo, ante el indigno tributo de las cien doncellas, y, con su corajudo valor, arrancar de una vez la costumbre, dignificando á la mujer brigantina.

Y es que parece levantarse el ánimo, como si las mareas que dulces aquí llegan, comunicaran los embates y oleajes que el mar embravecido, manifiesta frecuentemente en estas costas agrestes.

Yo que he leído la Historia militar, he aprendido en ella el concepto que han merecido siempre los gallegos como sufridos, valientes y sentimentales; y cuando allá en Cuba, bajo la luna clarísima, descansábamos de las fatigas de la jornada, nunca podré olvidar, al grupo de gallegos, que, mirándola fijamente, callados y con los ojos húmedos, parecían averiguar en ella las mismas manchas, el mismo tono, la misma luz que tantas veces habían contemplado desde la propia Galicia.

Grandes amores produce esta tierra bendita, en que Dios, al crearla, puso todos sus dones en lo natural y en lo estético. No se puede ser insensible á la grandiosidad de nuestros paisajes abruptos, á la languidez de esas rías plácidas y brumosas, á la poesía de los



campos, suaves de color; al cielo azul, al tono gris de sus nubes; al mismo continuo llover, triste semejanza de un llanto moral, que llevamos en el alma; cuando nos alejamos de Galicia.

Y sin embargo de esas condiciones tan extremas, de este aspecto sedante, de esa bruma eterna que han puesto muchos en sus composiciones como símbolo de una Galicia gris, cuando el sol alumbraba y el verdor de los campos matiza sus tonos y las piedras se doran y los tejados bermellean, aparece, riente risueña, completamente distinta de aquella.

Esa es la Galicia que yo veo en estos momentos; la Galicia alegre, la Galicia esperanzada, confortada por los rayos de un sol que hará germinar todas las ideas nobles y honradas, como confortados nos hallamos aquí por la hermosura y gentileza de vos y vuestra Corte, Señora y Reina de esta fiesta.

Mujeres brigantinas; no olvidéis este día, que dejará seguramente en vuestros corazones una sensación de bienestar; y la dejará porque más puras y más sentimentales que los hombres, tenéis una noción estética superior á la que se os supone, y por eso afirmo yo que no olvidaréis este acto; y cuando pasados años, seáis viejecitas adorables en vuestra ancianidad, recordadlo á vuestros nietos, y decidles que unos hombres de buena voluntad, honrados y trabajadores, vinieron á hacer unas fiestas de amor, de fe y de patriotismo, cuando estas tres cosas parecían haberse ausentado de Betanzos.

Y vosotros, hombres fuertes, espíritus de lucha, uníos en un solo ideal, ayudad á esta obra redentora y aspirad á que los historiadores venideros comiencen el capítulo de su obra local diciendo: «**En el siglo XX los elementos directores de Betanzos fueron merecedores del agradecimiento del país...**»

Antes de concluir, he de hacer pública manifestación del agradecimiento de los «Irmás da Fala» á cuantos han prestado su concurso á esta obra de cultura. Gentes modestas, sólo pueden ofreceros su pecho agradecido y su recuerdo imperdurable.

Las horas aquí pasadas, ausentes de toda preocupación, recreando el espíritu en los ideales más puros y alimentando esperanzas de un porvenir de satisfacciones, son bastante premio á los desvelos que ellos tomaron por llegar á este día y á este acto.

A las que con vuestra juventud y hermosura, habéis prestado el encanto mayor á esta fiesta, el homenaje más intenso de agradecimiento; á los que, maestros en las ciencias y las letras, habéis laborado para realizar la misión del jurado, eterno recuerdo de cariñoso afecto; á los que nos habéis honrado con la presencia de vuestras perfonas, un saludo del pueblo brigantino para aquellas hidalgas tierras de que vinisteis, y, al regresar á ellas, llevad el concepto justo de lo que es Galicia, de lo que merece y de lo que espera, y con-

tad con que, en su alma, quedará el recuerdo de vuestros nombres y de vuestra bondad.

Y á vos, ilustre patricio, hombre de ideales honrados y puros, artista de la palabra, pensador profundo, corazón bondadoso, nuestra mayor pleitesía de homenaje, que de caballeros y bien nacidos es agradecer aquello que sólo es estimable en los valores de la espiritualidad más exquisita.

Perdonadme que, por exigencias del caso, haya retardado, más de lo que pensara, el momento que ansiamos todos de oíros, y de admiraros.

HE DICHO.